

Hoy escribe JAIME GUZMAN

## Más que un partido de fútbol



**N**O faltan las voces graves que protestan por la importancia que los medios periodísticos, y también el grueso de la ciudadanía, le otorgan nuevamente al campeonato mundial de fútbol. Arguyen que ello es exagerado, y que revela un supuesto escapismo o una frívola pérdida de las proporciones.

Sin embargo, el hecho macizo es que ayer en la mañana, Chile virtualmente detuvo su ritmo normal de actividades para seguir —junto al televisor— las alternativas del partido entre nuestra selección y la de Austria. Y no creo que pueda imputársele al pueblo chileno una suerte de enajenación mental colectiva.

Lo que ocurre es que, por un lado, el fútbol es el rey de los deportes, como sana pasión de multitudes. Ningún otro deporte genera ese entusiasmo popular, ni tiene esas proyecciones universales que posee el fútbol. Así como vemos que en Estados Unidos penetra cada vez con más fuerza, este mundial nos muestra que también África tiene hoy algo que decir en el concierto futbolístico.

Sería largo y ajeno a estas columnas un análisis más a fondo de esta magia popular del fútbol, a nivel de-

portivo internacional. El embrujo del gol como la meta esquivada y escasa que se busca, y cuyo logro genera un estallido de júbilo, nos explicaría mucho al respecto. Pero ello exigiría adentrarse, además, en la verdadera genialidad de quienes inventaron el conjunto de sus reglas.

Creo más bien del caso subrayar aquí que el otro motivo que produce la vibración de pueblos enteros con los campeonatos mundiales, donde participa su respectivo país, es nada menos que el sentido patrio, mirado desde el ángulo de la sana rivalidad competitiva.

Tanto o más que los seres humanos individuales, los pueblos necesitan rivalizar y competir, como expresión de sus ansias de progreso y de su voluntad de ser mejores que los

demás. El espíritu patriótico se nutre, entre otros elementos, de ese legítimo orgullo de sentirse vencedores, no sólo de desafíos propios, sino de confrontaciones con otros pueblos.

Quizás ahí se encuentre parte importante de la explicación de las guerras, como una constante de toda la historia humana. Más allá del signo de imperfección moral que acusa la incapacidad de los hombres para entenderse racional y pacíficamente, o del simple expansionismo de ideologías o intereses que suele generarlas, las guerras también contienen dimensiones nobles y heroicas en cuanto entrega a una causa que trasciende al individuo, y que encarna el supremo servicio a la patria. Por algo, las glorias nacionales de todos los pueblos inscriben sus victorias bélicas y el

nombre de sus héroes con rasgos de ejemplos y de autoafirmación —acaso necesaria— de su unidad, valor y destino.

Guardando las distancias, los enfrentamientos deportivos entre selecciones nacionales remueven las mismas fibras. Sin la trascendencia histórica, pero también sin los terribles dolores inherentes a las guerras. Son contiendas cuya ardua rivalidad no lesiona la hermandad entre los pueblos. Sin embargo, lo esencial es que ahí también se juega el nombre y el prestigio de la patria.

Por eso, ayer no sólo estábamos vibrando con el partido entre Chile y Austria, los aficionados al fútbol, que también gozaríamos con una buena contienda de clubes. Igual lo siguieron con interés quienes habitualmente son ajenos al fútbol. Porque lo que ayer nos unía a todos los chilenos, sin distinciones, era que esos hombres de nuestra selección representaban a Chile ante el mundo entero. Era más que un simple partido de fútbol. Se trataba de un desafío que comprometía el fervor patrio y la estrecha derrota registrada no borra en absoluto su valor.

---

◆ “Lo que ayer nos unió vibrantes a todos los chilenos es que esos hombres de nuestra selección representaban a Chile ante el mundo entero...”

---